

Guerra y Paz

David está en clara ascensión. David ha estado siendo bendecido por Dios de manera muy especial: tuvo victorias políticas, recibió su gran bendición espiritual y ahora veremos cómo él obtiene éxito militar.

El texto del capítulo 9 nos narra cómo David consigue vencer todos sus enemigos inmediatos, cómo consigue subyugar a esos pueblos y mantener su liderazgo, su hegemonía militar en la región próxima a Canaán. El versículo 1 habla acerca cómo David subyugó y derrotó a los filisteos. El versículo 2 muestra la derrota impuesta a los moabitas; inclusive los moabitas se quedan sujetos a David y pagan impuestos al rey de Israel.

Los filisteos estaban al sur, cerca de la región próxima al litoral, y los moabitas se encontraban en la región de Transjordania. Ellos también son vencidos. Luego, en la región de Transjordania, más al norte, también tenemos a los sirios, o arameos, y el texto nos dice en el versículo 3 que David derrota a Hadad Ezer, y también a los sirios de Damasco, que vienen a ayudar a Hadad Ezer, y acaban siendo derrotados por David siendo subyugados por él y pagándole impuestos.

Vemos sin duda un crecimiento tremendo del reinado de David, que se expande a una dimensión territorial jamás vista en la historia anterior de Israel. Pero hay más, el texto nos muestra como con estas grandes victorias, que incluye también el dominio sobre el territorio de los edomitas, que están ubicados más allá del Jordán, en las inmediaciones del Mar Muerto, más al sur, David también sujeta a los edomitas.

Esas victorias en las guerras traerán un periodo de tranquilidad y de paz para David. Y todo se debe a la bendición de Dios de modo que David muestra una gran gratitud. Y el texto nos dice que él recibió, por ejemplo, una especie de premio, una especie de regalo de Tou, rey de Jamat, por haber vencido a Hadad Ezer. Dice el pasaje que éste le envió varios utensilios de plata, de oro y de bronce, y David consagró todo eso al Señor. Lo mismo hizo con los demás despojos conquistados de los otros pueblos. David reconocía que toda bendición y victoria militar venía de parte de Dios.

Y el texto muestra esa gran expansión del reinado davídico, su hegemonía militar y su gobierno exitoso. El final del capítulo 8 dirá que “David reinó sobre todo Israel, impartiendo justicia y equidad entre su pueblo.” Vemos que el capítulo 10 continúa relatando las victorias bélicas de David, centrándose esta vez en su triunfo sobre los amonitas, quienes contaron con el apoyo de los sirios o arameos, que también fueron derrotados.

La situación se tornó interesante, ya que el rey de los amonitas había fallecido y su hijo, Hanún, asumió el trono. David envió una delegación para expresar su pesar por la muerte del rey y establecer un contacto diplomático amigable. Como un astuto estratega militar, David no buscaba enemigos innecesarios. Sin embargo, los líderes amonitas comenzaron a sembrar dudas en la mente de Hanún, sugiriendo: “¿De

verdad crees que David viene a ofrecer condolencias? ¡No caigas en esa trampa! Está aquí para espiar. Vienen como agentes secretos.”

Lamentablemente, los amonitas vieron a los mensajeros de David como espías en lugar de como portadores de paz. Es más, Hanún, el nuevo rey, joven e inexperto, fue influenciado por sus consejeros y tomó una decisión humillante: arrestó a los enviados de David, les afeitó la mitad de la barba y les cortó la ropa por la mitad, dejándolos expuestos hasta las nalgas. Luego los expulsó.

Este acto ofensivo rompió por completo las relaciones diplomáticas entre ambos pueblos. Al enterarse de lo sucedido, David comprendió la seriedad de la situación y cómo se estaba deteriorando. Poco después, los amonitas atacaron a Israel, aliándose con los sirios.

David entonces ordenó a Joab que marchara con todo el ejército. Joab, con el apoyo de su hermano Abisai, enfrentó a las fuerzas combinadas de amonitas y sirios. El valor del ejército israelita fue notable, y el versículo 12 lo expresa con fuerza, “Vamos a luchar con todas nuestras fuerzas por el pueblo de Israel, por todas las ciudades de nuestro Dios, y que el Señor haga lo que mejor le parezca.”

El texto nos muestra que David es más que vencedor. David vence a los sirios, vence a los amonitas y termina mostrando su hegemonía y su gran victoria. En medio de esos dos episodios bélicos, esos dos capítulos, vemos en medio una referencia bastante pacífica en ese texto que habla sobre guerra y paz. Lo que ocurrió lo podemos ver en el capítulo 9 pues David quiso saber lo que estaba pasando con lo que había quedado de la familia de Saúl. Y él entonces mandó llamar a Siba, que era uno de los siervos de Saúl, y quiso saber: ‘escucha, ¿quedó alguien de la familia de Saúl, alguien que merezca mi consideración, mi lealtad?

Entonces Siba dijo: “Sí. Todavía le queda a Jonatán un hijo”, es decir, nieto de Saúl, “que está tullido de ambos pies”. David entonces se queda interesado en saber más sobre aquel hombre que es Mefiboset, nieto de Saúl. Ante esa circunstancia David manda llamarlo; e imagínate: el descendiente, el nieto de Saúl, Mefiboset, llega ante David asustado. Mefiboset “...se inclinó ante él rostro en tierra”, como dice la versión Nueva Versión Internacional.

Y el texto entonces nos narra que David le dice lo siguiente. «No tengas miedo, que por el gran aprecio que le tenía a tu padre voy a tratarte con mucha bondad; voy también a devolverte las tierras que fueron de tu abuelo Saúl, y desde hoy te vas a sentar a mi mesa.» Observa la actitud muy especial y equilibrada de David. David era un gran guerrero, un gran estratega, consiguió victorias impresionantes y especiales, y generalmente se iba a la guerra en una situación de reacción. Él no hace guerra por codicia, por ganancia o por una actitud impensada. Él defendió su territorio y consiguió expandirlo de manera muy especial. Ese mismo guerrero era un hombre de paz que sabía actuar con virtud.

Ante una situación como la de Mefiboset, David manifiesta gran misericordia, señal de la gracia de Dios en su vida. Dice 2 Samuel capítulo 9 versículo 9 que: “Entonces

el rey llamó a Sibá, el siervo de Saúl, y le dijo: «Hoy le he devuelto al hijo de tu señor todas las posesiones de Saúl y de su familia. Tú, y tus hijos y tus sirvientes se encargarán de labrar sus tierras y de almacenar los frutos, para que no le falte comida a Mefiboset, el hijo de tu señor, aunque él tiene un lugar en mi mesa y comerá conmigo.» Sibá, que tenía quince hijos y veinte sirvientes, le respondió al rey: «Yo cumpliré fielmente todo lo que mi señor el rey me ha dicho.» Por su parte, el rey David reiteró que Mefiboset comería con él, como si fuera uno de sus hijos.» —respondió Siba.

A partir de ese día Mefiboset se sentó a la mesa de David como uno más de los hijos del rey. Toda la familia de Siba estaba al servicio de Mefiboset, quien tenía un hijo pequeño llamado Micaías. Tullido de ambos pies, Mefiboset vivía en Jerusalén, pues siempre se sentaba a la mesa del rey.” La actitud gentil y noble de David sirve de ejemplo para nosotros. Él podría simplemente haberse regodeado en la victoria sobre Saúl, que intentó matarlo al menos dos veces.

David podría haber dicho: ‘mira, lo que pasó, pasó, así que voy a mirar adelante’. ¡Pero no! Él observa el pasado, él observa las cosas con dignidad y nobleza y trata con mucha nobleza a Mefiboset, que es solo un nieto de Saúl, que tiene un problema, una discapacidad, una persona con necesidades especiales. Lo cual es sorprendente para este mundo actual en que cada uno anda en búsqueda de tomar venganza y aprovecharse de las circunstancias para beneficiarse.

La gran bendición, es que el gran ascenso de David, su posición especial, consigue combinar con la actitud humilde y noble hacia una persona que en nada puede amenazarlo.